

REVISTA MEDICA DE COSTA RICA

Año XXXII

SAN JOSE, COSTA RICA
Número 377
OCTUBRE DE 1965

Tomo XXII

EDITORIAL

El Caso de Javier González

EXPRESIONES HUMANAS
— VII —

Pocas veces he leído palabras tan valerosas y desesperadas como las que se refieren a JAVIER GONZALEZ. Para quienes nos conmovemos hasta la angustia y la lágrima ante la tragedia de las víctimas de la enfermedad y del harapo, EL CASO DE JAVIER es mensaje de alto espíritu humano que todos debemos definir gritándolo con gritos de admonición y de advertencia. Los beneficiarios de la pobreza ajena, los inescrupulosos enriquecidos con la HERENCIA DE LOS DESHEREDADOS, los que hasta han hecho DECLARACION DE BIENES sacados de la beneficiencia pública, deben sentir temblar medrosamente sus papadas como rodajas de gelatina refrigerada, cuando escuchan las voces de este folleto, clarín de dignidad superior denunciando el drama de los infelices "sumergidos en la ignorancia, la miseria y la enfermedad".

J. F. Kennet es el seudónimo de uno de nuestros médicos, quien figura entre los valores intelectuales más culturalmente depurados con que cuenta Costa Rica.

Santiago Ramón y Cajal, Gregorio Marañón y Enrique González Martínez, también fueron médicos que mixturaron su ciencia y su experiencia con los más sabrosos elixiris de la belleza literaria. Honra de España y de América es la anterior trinidad de varones ilustres que vivieron conquistando horizontes de naturaleza artística desde sus consultorios y desde sus cátedras. El primero, es sabido histólogo de fama mundial, quien obtuvo el Premio Nobel de Medicina. El segundo, distinguido científico universal y admirable constructor de prosa señorial y magnífica. El tercero, es el médico-poeta al que, repitiendo palabras de Pedro Henríquez Ureña, yo llamaría uno de los siete dioses de la lírica hispanoamericana, ¿Por qué es el médico inglés Archibaldo Cronin?

Desgraciadamente casos semejantes al de JAVIER

GONZALEZ los ha dado a conocer la prensa nacional y han tenido necesidad de ser explicados por las instituciones que más obligadas están a servir oportuna y eficientemente a la colectividad.

Hace varios años fui operado en el Hospital del Seguro y los médicos que me atendieron lo hicieron con solicitud y esmero. Salí muy bien de la intervención quirúrgica. Pero la señora Jefe del salón donde yo estaba internado, probablemente por rivalidades de arrugas y canas, ordenó que me dieran las comidas sin sal. A los ocho días de ingerir esos alimentos con sabor a papel, le manifesté al médico mi disgusto por la falta de "gusto" de la comida que me servían y me dijo que él no había ordenado suministrarme tal dieta. La dama en cuestión, propietaria de un rostro de venerable edad, asumió la responsabilidad de haber mandado a ejecutar la comisión de una falta contra el arte culinario y el castigo que sufrió mi paladar, al fin y al cabo, redundó en beneficio de mis riñones...

Mi amigo don Gonzalo Calderón Echeverría, miembro directivo de la Junta de Protección Social de San José, publicó un comentario, cuyo título era: LA SONRISA COMO PRIMERA GRAN MEDICINA. De ese comentario copio lo siguiente: "No faltan a veces las muestras displicentes y de ausencia total de cultura y buenas maneras que para con los enfermos y el público deben mantenerse, por parte de los empleados de una institución que no es privada sino pública y además de protección para los costarricenses".

En homenaje a la verdad digo que la "doña cuatro ojos" que siempre me miró a través de sus lentes con mirada de cárcel, no es un caso corriente en el Hospital de la Caja del Seguro Social y que la mayoría de los servidores de esa institución fueron y siguen siendo atentos conmigo.

Volviendo a EL CASO DE JAVIER GONZALEZ, se piensa al leer este drama médico social en la suerte de los campesinos sin dinero, sin abecedario y sin salud, quienes muchas veces son objeto de indiferencias hospitalarias que lamentablemente constituyen parasitismo burocrático y no actividades misericordiosas de atención para los enfermos.

"Humanicemos el hospital", como lo pide J. F. KENNET. Humanicemos la sociedad, digo yo. Es tiempo todavía. Aún pueden los pudientes que solamente saben ungirse cuerpo y alma con el producto del dinero que es el "excremento del diablo", para que la desesperación de las llamas que se vislumbran en la propinquidad de las lontananzas sociales, sean apenas la amenaza de una desacertada conflagración universal.

CARLOMAGNO ARAYA